

Keynes y sus circunstancias

Ricardo F. Crespo*

La vida y las circunstancias de las personas inciden de algún modo en su pensamiento. En este trabajo se presenta la figura del economista inglés, seleccionando algunos rasgos de su personalidad y hechos de su vida y época, tomados especialmente de las biografías recientes. No se establecen las posibles conexiones con sus ideas, pero se presume que éstas surgirán naturalmente en los lectores que las conocen. Así, se deja un amplio margen para que la "intentio lectoris" complete o suplante la "intentio auctoris".

Palabras clave: J. M. Keynes, Vida, Ambiente.

The life and circumstances of people somehow incide on their thought. This work presents the figure of the English economist through some traits of his character as well as some events from his life and times taken from recent biographies. Possible connections with his ideas are not established, but it is presumed that these would arise naturally among readers. Thus, a certain margin is left for the "intentio lectoris" to complete or supplant the "intentio auctoris".

Keywords: J.M. Keynes, Life, Times.

*I often found myself thinking that Keynes must be
one of the most remarkable men that ever lived*

Lord Robbins

El título de este trabajo parece parafrasear a Ortega. Algo de eso hay. Pero la famosa expresión del ensayista español no estuvo en su génesis. Hace unos años, el sociólogo argentino José Luis de Imaz publicó un interesante ensayo en el que mostraba, en 55 casos de pensadores célebres, cómo las circunstancias personales, la educación, los hechos históricos contemporáneos, el proceso de socialización, etc. habían influido en su trabajo intelectual¹. La imagen paterna o materna, la condición de hijos únicos o primogénitos, los estudios cursados, el cruce de un "gurú" o de un enemigo, el compromiso político o el amor son una parte, a veces importante, de las raíces de sus ideas. Entre esos 55 pensadores estaba Keynes y, a juzgar por la

* Ricardo F. Crespo es Secretario Académico de la Universidad Austral en Buenos Aires, Argentina, y profesor de Filosofía de la Economía en esa misma Universidad. También es investigador del CONICET.

1 De Imaz, J.L. (1990).

34 bibliografía del ensayo, Imaz se basó en la biografía de Hession para sus comentarios acerca del famoso economista inglés². Catorce años después tenemos muchos más elementos sobre su vida. Por eso, me propongo presentar una síntesis actualizada de su ambiente cultural y de los hechos que, a mi juicio, son más destacados en cuanto a la incidencia en sus ideas. A la luz de las biografías recientes, especialmente la obra monumental de Robert Skidelsky, esta tarea no será fácil³. Dispongo de más de 3.000 páginas de material, del que debo escoger lo que considero más importante. Obviamente, yo también estoy influido por mi formación y entorno, y la misma selección tendrá necesariamente algo de personal. Pero he intentado hacerlo con la mayor rectitud, buscando reflejar lo mejor posible la idea que me he hecho de Keynes a través de estas biografías, de sus escritos y de los de sus comentaristas y estudiosos.

Quiero aclarar desde ahora que este artículo tendrá un “final abierto”. Aunque como Imaz, pienso que la vida y las circunstancias de un autor influyen sobre su pensamiento, también considero que cualquier conclusión en este sentido no puede ser más que hipotética. Una conclusión “necesaria” supondría la aceptación de un cierto determinismo cultural o psicológico, con la que no estaría de acuerdo. Significaría quizás también admitir un avance excesivo del contexto de descubrimiento sobre el de justificación no admitido por buena parte de la filosofía de las ciencias actual. Trataré simplemente de señalar unas “pistas” que puedan sugerir al lector una cierta “explicación” del pensamiento de Keynes.

I. La época

John Maynard Keynes (“Maynard”) nació el 5 de junio de 1883 en su casa paterna de Harvey Road, 6, Cambridge y murió el 21 de abril de 1946 en su casa de vacaciones de Tilton (Sussex). Vivió en una época especialmente interesante tanto por su cambio continuo en todos los ámbitos como por la riqueza de acontecimientos “fuertes” que se sucedieron. Basta con que nombremos las dos guerras mundiales, la última de las cuales culminó con el estallido de dos bombas atómicas, para

² Hession, Ch. (1985).

³ Skidelsky, R. (1986), (1994) y (2000) y Moggridge, D. (1992).

hacerse una idea de la intensidad de los impactos que recibieron los hombres que vivieron esos 63 años. En lo económico, la crisis del patrón oro y la del 30 fueron hechos que, obviamente, marcaron.

En cuanto a procesos históricos políticos, podemos pensar en la decadencia de Inglaterra, el afianzamiento de Estados Unidos como primera potencia internacional, el surgimiento y la altamente traumática consolidación del comunismo, la adquisición y pérdida de las colonias, la implantación de la democracia como cuasi-religión, la universalización de la instrucción. En cuanto a los sociales y económicos, la llamada “segunda revolución industrial”, el desarrollo del capitalismo, la expansión del comercio internacional, los movimientos financieros, el increíble adelanto tecnológico, el afianzamiento de los sindicatos.

En cuanto a ideas, se trata de una era de predominio del positivismo en el ámbito científico y de surgimiento del positivismo lógico, que coexiste con las críticas al racionalismo. La influencia tanto de un Schlick, Carnap o Neurath como de un Marx, Freud o Nietzsche nos hace pensar en la *mélange* de ideas que se produjo. En Inglaterra podemos pensar en la coincidencia de idealistas como Bradley, Bosanquet y luego McTaggart, con realistas como Moore y Russell (quien deriva luego hacia las ideas del positivismo lógico). Sin embargo, todavía está viva la tradición empirista (Hume), la positivista clásica (Mill), la utilitarista (Bentham y Mill) y la liberal clásica (Locke). En Keynes también inciden los racionalistas continentales como Descartes, Leibniz y Spinoza. Más tarde vienen pensadores como Heidegger en el Continente y Wittgenstein, que influye a ambos márgenes del Canal. El año anterior al nacimiento de Keynes había muerto Darwin y sus ideas estaban en el apogeo. La estrella de la ciencia se elevaba cada vez más.

Para un inglés de aquella época la caída de su Imperio debe haber sido terrible. Partimos del máximo predominio de la época victoriana para terminar en las humillantes negociaciones de empréstitos con Estados Unidos, en las que le tocó participar al mismo Keynes. La vida moral y religiosa ya se venía derrumbando. La nueva era eduardiana enfrentó a la hipocresía victoriana y siguió atacando bajo este pretexto a la religión y la moral. Estas épocas requieren que nos detengamos mínimamente a caracterizarlas. La *The New Webster's International Encyclopedia* (1998) describe a la era eduardiana del siguiente modo: “período que va del acceso al trono de Eduardo VII al comienzo de la

36 I Guerra Mundial, 1901-14. Aparte de la paz general, la opulencia y elegancia, se caracteriza por una creciente conciencia de los problemas sociales, el cuestionamiento de la autoridad establecida y la desatención a las tradiciones” (p. 341). No tiene una voz para la época victoriana, cuyos rasgos son más conocidos. El *Webster’s Encyclopedic Unabridged Dictionary* le asigna mojigatería o puritanismo, observancia de los convencionalismos, pedantería, estrictez y escrupulosidad, estiramiento y formalidad, rigidez excesiva en la conducta o la moralidad, pulcritud, presunción, autocomplacencia, minuciosidad, estrechez. Pero en gran parte se trata del cuidado de formalismos: por dentro la moral está corrompida. En un sentido peyorativo, tiene mucho de hipocresía, como decía más arriba. Pero estos cambios no son repentinos sino procesos, de modo que suelen convivir los dos estilos, dando lugar a la coexistencia de doctrinas contrarias en un mismo cuerpo de pensamiento, que resulta así poco convincente. Encontraremos este problema, por ejemplo, en materia antropológica y ética.

Hay mucho de victoriano -además de falta de sentido común, mezquindad y conveniencias personales y políticas- en toda la cuestión del Tratado de Paz posterior a la Primera Guerra. Es bien conocida la reacción de Keynes, que renunció a su posición en la delegación británica en París y escribió *Las consecuencias económicas de la Paz*, un clásico de las críticas al Tratado. Encontramos las mismas reacciones y sentimientos de injusticia del Tratado en personas tan disímiles como Paul Ricoeur o Ernst Jünger⁴.

La llamada *belle époque* es un período (1871-1914) en el que, en el marco de la relativa paz de la que el mundo gozó entre la Gran Guerra y la Primera Guerra Mundial, florecen el arte y la literatura. Tiene rasgos victorianos que se van diluyendo y dejando paso a la crítica, en Inglaterra, de la era eduardiana desde 1901. Asimilamos con frecuencia la *belle époque* a un clima artificial de frivolidad: hay mucho de esto. Keynes nace, aún reinando Victoria I, en plena *belle époque*, y su juventud y adolescencia se inscriben en este espíritu.

⁴ Dice Jünger, E. (1946): “La primera y segunda guerra son como dos continentes en llamas unidos, no separados, por una cadena de volcanes. La parte del tratado de paz dedicada a la unión se quedó parte en retórica de fachada, parte en teoría vacía de sentido”, p. 92. Véase también (1990), p. 63. De Ricoeur, P. (1997), p. 21.

En cualquier caso, a pesar del efecto algo narcotizante de la *belle époque*, el mundo se torna incomprensible. Aparecen los ensayos que contienen la palabra “crisis” en sus títulos. La crisis de la cultura se manifiesta en todas sus formas. La Primera Guerra profundiza el golpe. Lo único que se salva es la tecnología, pero se desarrolla al margen de los valores humanos. Esto profundiza la crisis y plantea amenazas inéditas. Las viejas certezas se transforman en incertidumbres. Einstein, Bohr, Planck y Heisenberg transforman las percepciones del espacio y el tiempo. Aparecen formas nuevas, con la misma impronta difusa, en todos los ámbitos del arte: Picasso y Cézanne, James Joyce, T.S. Eliot, Virginia Woolf y Lytton Strachey, Igor Stravinsky. Sigmund Freud y James Strachey, su traductor al inglés, revolucionan la psicología.

Aunque a veces da la impresión de que no se atreve a darle la cara abiertamente, Keynes también se enfrenta a esta situación. Conoce a muchos de los mencionados, a algunos muy íntimamente; se casa con una bailarina de la compañía del ruso Sergei Diaghilev, que revolucionó el ballet. El pesimismo que inunda su obra principal, la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, tiene relación tanto con la decadencia de la economía inglesa como con este ambiente general de la época. Es el Keynes de madurez.

II. Vida

Ahora presentaré un breve *curriculum vitae* dispuesto cronológicamente y luego me detendré en algunas épocas de su vida y en ciertos rasgos de su personalidad. Fantaseando un poco, como han hecho otros autores con otros personajes, los pondré en primera persona por motivos retóricos. Es relevante que conozcamos estos hechos, pues Keynes propondrá como ideales para el economista y el hombre público mucho de lo que él mismo vivió y fue.

Curriculum vitae breve:

1883, 5-VI. Soy Maynard Keynes. Nací en Cambridge. Mi padre se ocupó esmeradamente de mi educación; mi madre y yo nos queremos y nos admiramos mutuamente desde siempre.

1897. Gané una beca para estudiar en *Eton*, el ámbito de la elite intelectual inglesa. Tuve un desempeño brillante en todos los aspectos: matemáticas, clásicos e historia, deportes, artes, y también en los afectos.

38 1902. Gané otra beca para estudiar matemáticas (que aprobé con la calificación máxima) y clásicos en *King's College*, Cambridge. Profundicé en Filosofía Moral, Metafísica, Historia y Lógica. Dedicué sólo ocho semanas a estudiar economía bajo la guía de mi maestro Alfred Marshall (1905). En cuanto a la política, mis lecturas de Edmund Burke fueron claves.

1903, 28-II. Me incorporé a la “Sociedad de los Apóstoles”, selecto grupo secreto de debates filosóficos de Cambridge. La estrella de los Apóstoles en ese momento era el filósofo moral George E. Moore, apóstol desde 1894. Fue el pensador que dejó una huella más profunda en mí.

1906, 16-X. Tras el correspondiente examen para el servicio civil, ingresé en la Oficina de la India, donde trabajé hasta junio de 1908. Dedicué buena parte de mi tiempo en Londres a escribir la tesis en la que presenté mi teoría de la probabilidad, reacción frente a varias ideas de Moore. Continué viajando a Cambridge y frecuentando la sociedad de los Apóstoles.

1909, III. Aprobada esa tesis en una segunda instancia, fui elegido *fellow* de *King's College*. Había vuelto a King's el 22-VII-1908 para hacerme cargo de una plaza docente en Economía, conseguida por iniciativa de Marshall y Pigou. Di mi primera clase el 19 de enero. El 22 de octubre fundé el “Political Economy Club”, que se reunía semanalmente a discutir trabajos de Economía.

1910. Finalmente fui aceptado en el “grupo Bloomsbury” de Londres, que convocaba a un conjunto artistas, escritores e intelectuales. Se reunían desde 1905 en casa de Vanessa Bell, nacida Stephen, a discutir temas de arte, literatura y de la vida en general. Escribían y pintaban. Eran ateos e inmorales para los cánones de la época. Los quise -y quiero- mucho.

1911, 17-X. Fui nombrado editor del *Economic Journal* -cargo que conservé hasta febrero de 1945-; en 1913 me eligieron como secretario de la *Royal Economic Society*.

1913. Publiqué *Indian Currency and Finance*.

1914-18. Primera Guerra Mundial. Trabajé en el Tesoro. A partir de entonces repartí mi tiempo entre la función pública y la académica, hasta hoy mismo.

1919. Fui representante del Tesoro en la conferencia de Paz de París. Renuncié por desacuerdo con las exigencias aliadas. Publiqué luego *Las consecuencias económicas de la Paz*. Resultó un *best-seller*.

1921. Finalmente, después de mucho trabajo, publiqué el *Treatise on Probability*.

1923. Publiqué el *Tract on Monetary Reform*.

1925, 4- VIII. Acabados los trámites de su divorcio, finalmente pude casarme con Lydia Lopokova, una bailarina rusa.

1929. Me nombraron miembro de la Academia Británica.

1930. Publiqué el *Treatise on Money*.

1931. Recopilé unos escritos previos y los publiqué bajo el título de *Essays in Persuasion*.

1932, 21-I. Murió mi gran amigo Lytton Strachey.

1932. Publiqué los *Essays in Biography*, colección de breves ensayos biográficos.

1931-6. Gracias a mucho trabajo y a la colaboración de varios discípulos, especialmente de Richard Kahn, pude preparar y publicar la *Teoría General*.

1938, 11-IX. Pronuncié la conferencia "My Early Beliefs" ante mis queridos Apóstoles.

1940. Fui nombrado *Chairman* del *Council for the Encouragement of Music and the Arts*.

1942. Fui nombrado por el Rey, por recomendación de Winston Churchill, Baron Keynes de Tilton.

1944. Representé a mi muy querido país en Bretton Woods.

1945. Recibí el título de Doctor honorario en Ciencias de mi también querida Universidad.

1946, 21-IV. Estoy en Tilton, acompañado por mi madre y por mi esposa, en el lecho de muerte. Sufro del corazón desde hace años; tuve la primera trombosis coronaria en 1937.

40 III. Familia y amigos

Una vez leída esta breve reseña de hechos claves, me detendré algo en ciertas etapas de su vida, comenzando por el entorno familiar. Lo describe Skidelsky excelentemente:

“Maynard Keynes fue el producto de una no inusual historia de triunfo victoriano. Fue el mayor de los tres hijos de una familia acomodada de académicos de Cambridge (...). Los Keynes se remontaban hasta un caballero normando que había llegado con Guillermo el Conquistador. Pero el abuelo paterno de Maynard Keynes fue el que rescató a la familia de la pobreza, al amasar una pequeña fortuna gracias a una explotación hortícola en Salisbury. Su único hijo, John Neville, se instaló en Cambridge en los años 1870 como miembro del Pembroke College. Fue un filósofo y un economista, autor de obras reconocidas sobre lógica y metodología económica; más tarde fue archivero de la Universidad. En 1882 se casó con Florence Ada Brown, hija de un afamado ministro congregacionalista del norte del país y de una maestra de escuela devota de la causa de la educación femenina. Los antecedentes de ambas familias eran ‘capilla y comercio’: la llegada a Cambridge fue parte de la asimilación del inconformismo provinciano a las instituciones de la Inglaterra victoriana.

Los padres de Keynes encarnaban las virtudes victorianas de forma relajada. John Neville Keynes se permitía ciertas aficiones. De él tomó Maynard Keynes la precisión intelectual y la eficiencia administrativa, combinadas con un cierto aire juguetón, aunque estaba misericordiosamente libre de las ansiedades de su padre. Florence Keynes acometía ‘buenas causas’ pero jamás a expensas de su familia. Tanto ella como, en general, los Brown representaban el lado ‘predicador’ y ‘bienhechor’ de la herencia de Maynard; también poseían una veta de inclinación intelectual. El genio de Keynes fue suyo propio pero sintió que tenía que ajustarse a una tradición social e intelectual.

La atmósfera familiar en el número 6 de la calle Harvey era de alto nivel. El círculo de los Keynes incluía a algunos de los economistas y filósofos más importantes del momento -Alfred Marshall, Herbert Foxwell, Henry Sidgwick, W. E. Johnson, James Ward-. De joven, Maynard jugó al golf con Sidgwick y escribió sobre él con pérfida precisión (a su amigo Bernard Swithinbank, el 27 de marzo de 1906): ‘No ha hecho otra cosa que preguntarse si el cristianismo era

verdad, demostrar que no lo era y esperar que lo fuese'. Cambridge era menos mundano que Oxford. Aunque Maynard se mezclaría con el mundo, sus patrones no fueron mundanos. Juzgó su propia vida y la de otros con criterios intelectuales y estéticos. Se impuso al mundo de los asuntos importantes por la fuerza del intelecto y la imaginación, pero no fue absorbido por él"⁵.

Florence no se quedaba quieta, afanada tras sus ideales reformistas y feministas. Adoraba a Maynard. John Neville se ocupó escrupulosamente de su formación intelectual⁶. Los Keynes tuvieron dos hijos más: Margaret y Geoffrey. Margaret se casó en 1913 con Archibald Hill, científico de Trinity College, Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1922. Geoffrey fue a Pembroke College, como su padre, y llegó a ser un brillante médico y biógrafo. Se casó con Margaret Darwin, nieta del famoso Charles e hija de George, eminente astrónomo de Trinity College. Esto nos da una idea del ambiente selecto en que se movía Keynes. Por supuesto, también fue selecta su compañía en Eton y en King's.

Corresponde, si no con el detalle a veces desagradable de Skidelsky, hacer una mención a un aspecto de la vida de Keynes que puede tener alguna importancia para comprender mejor sus inclinaciones intelectuales y sus acciones: su homosexualidad. Algunos autores como Charles Hession y Ted Winslow le dan una gran importancia. Skidelsky lo desarrolla *in extenso*. Harrod, cuya biografía de Keynes data de 1951, ni lo menciona, posiblemente por su veneración y la cercanía de su muerte. La actitud habitual de un hombre de bien es pasar por alto las cuestiones privadas. El problema es que lo privado ya se ha hecho público. De cualquier modo, se debe reconocer que la principal fuente para este tema son las mismas cartas de Keynes, quien las conservó prolijamente⁷. Además, a pesar de la violación que supone su publicación parcial, es verdad que ésta tiene alguna ventaja pues, para entender a fondo el pensamiento de una persona, hay que conocerla íntegramente. Algunos ven una conexión entre este aspecto de su personalidad y sus contradicciones y espíritu con-

5 Skidelsky, R. (1998), pp. 33-34.

6 Neville es el apellido de su madre (cfr. Harrod, R. (1958), p. 57).

7 A pesar de que Harrod evita cuidadosamente este tema, pienso que él mismo tiene cierta culpa de su divulgación por dos motivos. Primero, porque gracias a él

42 testatario, trasgresor, una especie de necesidad de hacerse notar. Teorizar sobre este aspecto, como hacen Winslow y Hession, sería muy aventurado. Yo no soy psicólogo y aún si lo fuera, debería argumentar una relación causal entre estos elementos desde alguna teoría psicológica, lo que sería discutible. En privado, muchas personas me han manifestado que lo ven como un dato clave para entender su pensamiento⁸. Yo sólo me animo a decir que puede haber algo. De ningún modo me adhiero a un determinismo psicológico, de modo que pienso que Keynes pudo haber pensado lo que pensó al margen de estos condicionamientos. Por otra parte, pienso que no sería sensato restarle credibilidad a sus teorías, fundamentadas en otros terrenos, por una posible influencia de su homosexualidad en su formulación. Aún en el caso de que hipotéticamente esta orientación le hubiera “disparado”, por su creatividad, sensibilidad especial, espíritu de contradicción o lo que fuera, la idea de sus teorías, éstas están basadas en argumentos racionales. Concretamente, pienso que no resta autoridad a su Teoría del Conocimiento, ni a su Antropología, ni a sus propuestas epistemológicas. Sin embargo, reconozco que algunos rasgos de estas teorías pueden leerse e interpretarse desde el conocimiento de esta circunstancia y debo dejar abierta la posibilidad de que el lector lo haga así. Sólo debo advertirle que su conclusión sólo podrá ser hipotética. Trataré este punto con brevedad, pero deslizaré algún ejemplo o dato, para que se pueda vislumbrar el carácter marcado de esta orientación y el carácter relajado de algunos de los ambientes en que se movía Keynes⁹. Hoy día, yo mismo no sería honesto si no mencionara este asunto.

la fuente principal para este asunto -correspondencia- se salvó de ser quemada (cfr. Skidelsky, R. (2000), p. 493). Segundo, porque Harrod citó algunas de esas cartas en su biografía, pero de modo tal que con frecuencia tergiversa su sentido, faltando así a la verdad histórica. Si quería ocultar el tema, no podía hacer este juego. Al manipularlas, obliga a la corrección. El engaño respecto a la relación de Keynes con D. Grant, por ejemplo, es indignante para cualquier historiador que tenga acceso a la documentación en cuestión. También el uso engañoso de citas de las cartas de y a Swithinbank y Strachey. Más aún, Harrod da a entender -sin tener ninguna necesidad de ello- una inclinación de Keynes hacia el sexo opuesto, en una época de su vida en que la historia era muy distinta (cfr. Harrod, R. (1958), pp. 147 y 212).

⁸ Especialmente psiquiatras y psicólogos. Agradezco especialmente la ayuda que me dieron en la Asociación Psicoanalítica Argentina para buscar artículos sobre este tema. Ninguno de los que leí me pareció concluyente.

Skidelsky piensa, con bastante fundamento, que Keynes tuvo sus primeras experiencias sentimentales en Eton con Alfred Dilwyn “Dilly” Knox (hijo del obispo de Manchester y hermano del famoso Ronald), que también pasó a King’s, y con Bernard Swithinbank que luego se fue a Oxford (Balliol). Lo que queda claro es que de igual modo que en mi época (los 70) -y posiblemente en todas las épocas- “el tema” de los colegios de varones eran las mujeres (e inversa), el tema del círculo de varones de Keynes eran las posibles y variadas experiencias con hombres. Esta especie de sofisticación se daba entre gente perteneciente a una clase científica, intelectual o artísticamente encumbrada. Obviamente, en aquella época todo esto era debidamente ocultado y daba lugar a una especie de doble vida. Es impactante el contraste, por ejemplo, entre el Keynes público y el que se esconde en su correspondencia con quien será, con sus vaivenes, su mejor amigo, Giles Lytton Strachey. La prioridad, sin duda, la tenía la esfera privada, donde entraban el amor y la filosofía. El 7 de febrero de 1906 escribía a Strachey: “el amor es lo primero, la Filosofía lo segundo, la Poesía lo tercero y la Política ocupa el cuarto lugar”¹⁰.

El amor es lo primero: Keynes va y vuelve de Cambridge a Londres constantemente. En buena medida, el motivo de estas idas y venidas, como muestra Skidelsky, es el amor. Cuando Keynes dice que lo primero es el amor, es que en su vida práctica, el amor, sin dudas, tenía prioridad sobre cualquier otra ocupación. Probablemente, además, no se trate de un amor platónico.

El ambiente de homosexualidad continúa y se acentúa en Cambridge, especialmente en esa época de la Sociedad de los Apóstoles, en la que, incluso, se constituye en uno de los criterios de selección de los nuevos “embriones” o candidatos, que eran cuidadosamente inspeccionados. Fue precisamente Lytton Strachey, acompañado del luego politólogo Leonard Woolf, quien fue a visitar a Keynes para estudiarlo. Entre Strachey y Keynes, a su vez, seleccionaron a Arthur Lee Hobhouse, que fue causa de un alejamiento temporal de los dos amigos, pues Keynes se vinculó afecti-

9 Se puede encontrar un buen resumen de los datos relevantes en Hession, Ch. (1993).

10 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 173.

44 vamente con él. Pero todo esto no iba en menoscabo del nivel intelectual de las discusiones de los apóstoles. En esa época, los apóstoles mayores eran pensadores de la talla de Whitehead, McTaggart, Bertrand Russell y Moore.

Paralelamente, un buen grupo de apóstoles se reunía en Londres en el barrio de Bloomsbury. Se trataba de un grupo muy valioso artísticamente y aún más libertino que los apóstoles. Una enumeración de sus integrantes nos puede dar una idea: Vanessa Stephen pertenecía a una de las principales familias de la Inglaterra victoriana que ejemplifica muy bien, como señala Skidelsky, la transición de un agnosticismo piadoso al ateísmo impío¹¹. Vanessa se casó con Clive Bell, conocido crítico de arte, con quien tuvo dos hijos, Julian y Quentin, poetas, escritores y artistas. Vanessa tuvo otra hija - Angelica, actriz y artista- con el pintor Duncan Grant (que había sido amante de Keynes y de Strachey). A su vez, Clive tenía otra amante, Mary Hutchison, escritora, que encargó murales para su casa de Regent Park a la misma Vanessa y a Duncan. Hacia 1914 Duncan estaba enamorado de David Garnett. Angélica terminó casándose con Garnett, el amante de su padre, y hasta los 19 años no supo que no era hija de Clive Bell. La hermana de Vanessa, Virginia, se casó con Leonard Woolf y es conocida como escritora bajo el nombre de Virginia Woolf. Se suicidó en 1941. También se suicidó la pintora Dora Carrington en 1932, al morir Lytton Strachey, a quien amaba platónicamente. De Lytton, digamos que fue un excelente biógrafo. Sus obras más conocidas son la colección de sátiras biográficas *Eminentes Victorianos* de 1918 y la excelente biografía de la Reina Victoria de 1921.

Keynes tardó en ser aceptado en Bloomsbury, tanto por su interés en cuestiones prácticas y políticas como, quizás, por sus problemas afectivos con Strachey -más grave que el alejamiento por Hobhouse fue el que se produjo cuando le arrebató a Duncan Grant, que era primo de Lytton-. Fue incorporándose a partir de 1910 y lo introdujo en este selecto círculo el mismo Grant. En la década del 20 Keynes fue estabilizándose afectivamente hasta que, finalmente, se casó con Lydia Lopokova en 1925.

11 Skidelsky, R. (1986), p. 422.

IV. Preocupaciones éticas

Lo más notable del caso es que este grupo tenía -al menos eso decían- preocupaciones éticas y sus miembros estaban fascinados por las enseñanzas de Moore. Pensaban que su moral era excelsa y que superaba cualquier otra anterior. Gracias a ella, habían logrado escapar del benthamismo. Keynes recuerda la atracción que sentían por las ideas de Moore en “My Early Beliefs”.

Moore era un ferviente creyente en su juventud. Luego perdió la fe. Sin embargo, aunque era ateo, no tenía ninguna inclinación ni comportamiento extraños. Era un pensador auto-exigente, muy preciso y riguroso. En palabras del mismo Keynes, era un puritano. Quizás por eso mismo les causara respeto.

Una interesante entrevista de Bryan Magee con el filósofo moral Geoffrey Warnock ilustra las relaciones entre Moore y los miembros de la Sociedad de los Apóstoles y Bloomsbury. Para comenzar, opina que lo que más impresionaba de Moore, aparte de la extrema exactitud y rigurosidad de sus argumentos, era su personalidad. Le preguntan a Warnock cómo fue que Moore llegó a influir en esta gente. Responde que el asunto le parece tanto cómico como perplejo. La gente influida por los *Principia Ethica* de Moore era tan distinta a él y los *Principia* mismos tan áridos, que la explicación no está en una adhesión al libro completo y a su mismo espíritu muchas veces convencional. En cambio, hay dos puntos que encajan muy bien: lo que es de valor superior en el mundo son ciertos estados de conciencia asociados a las relaciones personales y al gozo de objetos bellos -a lo que ellos se dedicaban con gran fervor-. Y luego está su intuicionismo -es decir, la negación de la posibilidad de cualquier tipo de argumentación como base del juicio moral-, que destrona a los principios utilitaristas y victorianos como criterios éticos. El juicio moral era para Moore mucho más una cuestión de intuición final personal o directa, y ésto podría resultar también agradable para el grupo de Bloomsbury.

Por otra parte, eran anti-victorianos pero de raíces profundamente victorianas. No querían creer pero no podían dejar de hacerlo. Aunque parezca curioso, encontraban en su desenfreno algo de moral. Era la moralidad de no estar atado a reglas utilitaristas. Mirando retrospectivamente, Keynes le decía a Virginia Woolf en 1934:

“Comienzo a percibir que nuestra generación, la tuya y la mía... debió mucho a la religión de nuestros padres. Los jóvenes... que son educados sin ella, nunca le sacarán tanto provecho a la vida. Son triviales, como perros en su lujuria. Nosotros gozamos de lo mejor de ambos mundos. Destruimos el cristianismo pero disfrutamos sus ventajas”¹².

Estas interpretaciones coinciden con las del filósofo moral Alasdair MacIntyre¹³. El profesor escocés señala que el pensamiento de Moore es para una época, y muestra sus falacias. Me parece que el siguiente pasaje de su obra *Tras la virtud* es luminoso respecto a la cuestión que nos ocupa aquí. Está hablando de la aceptación de las doctrinas de Moore por parte de Keynes, Strachey, Leonard y Virginia Woolf:

“Es una gran insensatez, por supuesto, pero es la gran insensatez de gente muy inteligente y perspicaz. Por ello vale la pena preguntarse si es posible discernir por qué motivo aceptaron la ingenua y autosatisfecha escatología de Moore. Hay uno que se propone por sí mismo: porque quienes llegaron a formar el grupo de Bloomsbury habían aceptado ya las valoraciones expresadas por Moore en su capítulo sexto [el que habla de los estados mentales consistentes en afectos personales y goces estéticos como los mayores bienes], pero no podían aceptarlas como meras expresiones de sus preferencias personales. Necesitaban encontrar una justificación objetiva e impersonal para rechazar cualquier imperativo excepto el de las relaciones personales y el de la belleza. ¿Qué rechazaban estrictamente? No, en realidad, las doctrinas de Platón o de San Pablo, ni las de cualquier otro gran hombre de los catalogados por Woolf o Strachey, diciendo haberse librado de ellos, de los nombres mismos en tanto que símbolos de la cultura de finales del siglo XIX. Sidgwick y Leslie Stephen [padre de Vanessa, Virginia, Thoby y Adrian] son descartados junto con Spencer y Bradley, y el conjunto pasado visto como una carga de la que Moore les había ayudado a desprenderse”¹⁴.

Es decir, rechazan el proyecto ilustrado de justificación de la moral, tanto en su vertiente utilitarista como kantiana, que se había encar-

12 Citado por Skidelsky, R. (1998), p. 19.

13 MacIntyre, A. (1985), p. 14 y ss.

14 MacIntyre, A. (2001), pp. 31-32.

nado en el espíritu victoriano. Adoptan junto al intuicionismo una moral subjetivista que se equilibra -como se puede percibir en la cita de su carta a Virginia Woolf- con el paso de los años. Finalmente da lugar a una especie de “victorianismo filtrado” que recoge, quizás inconscientemente, muchos valores clásicos. “Nuestro Ideal”, dice en “My Early Beliefs”, “era un Dios misericordioso”¹⁵. Keynes a veces parece un utópico, un idealista: quizás un nuevo clásico o un romántico. Tiene cosas de todos. Sueña con una nueva sociedad donde las virtudes vuelvan a reinar, donde la codicia sea codicia y las verdaderas virtudes sean las de siempre, donde los fines estén sobre los medios y sobre lo útil. No parece haber sido un socialista sino un liberal reformista¹⁶. Lo claro es, paradójicamente, que estamos en un período de transición, que lo es también de confusión: los extremos siempre son malos.

La Primera Guerra y las negociaciones de Paz son un punto de inflexión en el que las realidades comienzan a tomar un aspecto más realista, y Keynes a “sentar cabeza”. Sin embargo, no va a perder de vista sus preocupaciones éticas y su sentido estético.

V. Aptitudes y carácter

Sigamos con su personalidad y sus actividades. Su enorme interés e inquietudes le hicieron preocuparse de una variadísima gama de asuntos, aplicando a todos ellos su gran talento. Ésa es la palabra: Keynes fue un hombre enormemente talentoso. Andaba por la vida a gran velocidad, con un “pluri-empleo” notable, pero sus extraordinarias condiciones le permitían hacer un papel, si no brillante en todos los campos, al menos razonable, y no dar sensación de velocidad.

El filósofo de Cambridge Richard B. Braithwaite, que conoció bien a Keynes, escribió la nota Editorial de la edición del *Treatise on Probability* en los *Collected Writings* (volumen VIII). También había escrito su obituario para *Mind* en julio de 1946. Allí sostiene que

15 Keynes, J.M. (1972), vol. X, p. 442. Agradezco a María José Iribarne que me hiciera notar esta preciosa referencia.

16 Anthony Crosland afirma, quizás con mucho tino, que Keynes era hostil al capitalismo como sistema de *laissez-faire*, pero no como sistema de propiedad privada y empresa (cfr. Skidelsky (2000), p. 498).

48 ningún otro economista había tenido tanta influencia desde Adam Smith, que fue otro filósofo. Agrega:

“Keynes logró esta influencia por la razonabilidad de su argumentación y la persuasión de su estilo literario, y también por su constante y pronta disposición a reconsiderar y modificar sus teorías generales a la luz de su aplicación detallada a los problemas actuales. Su mente fue la completa refutación del error habitual de sostener que un intelecto crítico es incompatible con uno creativo: su continua auto-crítica estimulaba su imaginación constructiva, y sus intereses omnívoros le permitían percibir conexiones que hubieran permanecido ocultas a una mente limitada”.

Braithwaite culmina su obituario diciendo: “No tocó ningún campo de la actividad humana sin adornarlo”¹⁷. Russell ha escrito en su *Autobiografía* que “el intelecto de Keynes fue el más agudo y claro que he conocido. Cuando discutía con él sentía que estaba en juego mi vida y rara vez terminaba sin sentirme algo tonto”¹⁸. Lionel Robbins, que se opuso a varias ideas suyas, pero compartió muchos momentos con él, expresa también la admiración que le tenía:

“Ver a Keynes en acción, ser testigo de esas caídas en picado de los pájaros de su intuición con los que abría un tema, oír su voz única explayándose con ingenio, comprensión y compasión acerca de los problemas de la vida y la política y gozar su compañía genial en los momentos de relax, eran sin duda privilegios que dejaron momentos de oro y ocurrencias en el recuerdo (...) [Había otros economistas] Pero, sin embargo, había un solo Keynes. Lo que lo distinguía a él y le hacía estar por encima de todos los de su generación eran más bien cualidades más generales de su inteligencia y carácter: la velocidad de su pensamiento y sus percepciones; las cadencias de su voz y el estilo de su prosa; su idealismo y fervor moral; sobre todo su presencia que realizaba la vida -como alguien (pienso que fue Sir Roy Harrod) dijo una vez, cuando Keynes entraba en un cuarto, todos nos animá-

17 Braithwaite, R.B. (1946), pp. 283-284. Añado una cita de Braithwaite en cuanto a los autores que influyeron en Keynes: “Le gustaba considerarse como parte de la tradición que denominó ‘la alta Intelligentsia de Inglaterra’ (que incluía a Locke, Malthus, Mill, Sidgwick, Alfred Marshall), y su propia ética era esencialmente la de los *Principia Ethica* de Moore” (p. 283).

18 Russell, B. [1967-9 (1995)], p. 69.

bamos-. Si busco en mi mente algún paralelo no puedo pensar en nada más apto que la descripción de Alcibíades en *El Banquete* de la influencia personal de Sócrates -el mago que lo ponía a uno en trance, aún contra el propio juicio y voluntad-. (...) [C]iertamente, consideraría a Keynes como el hombre más notable que he conocido”¹⁹.

Braithwaite, aunque pensaba distinto, fue discípulo suyo; Russell fue su amigo. Quizás sea más valioso oír lo que dice de él quien es tenido, con cierta razón, por enemigo. Me refiero a Hayek. No siempre se citan estos recuerdos suyos -que transcribo eligiendo los pasajes relevantes- en los que, sin dejar de criticar sus posturas económicas, reconoce sus dotes:

“[E]specialmente para mi generación -él era dieciséis años mayor que yo- fue un héroe mucho antes de lograr verdadera fama como teórico de economía. ¿No era el hombre que había tenido el coraje de pronunciarse en contra de las cláusulas económicas de los tratados de paz de 1919? Admirábamos sus libros brillantemente escritos por su franqueza e independencia de pensamiento (...) [T]enía total confianza en sus poderes de persuasión y creía que podía pulsar la opinión pública como un virtuoso pulsa su instrumento. Era, por dote y por temperamento, más un artista y un político que un erudito o un estudioso. Aunque dotado de poderes mentales supremos, su pensamiento estaba tan influido por factores estéticos e intuitivos como por otros puramente racionales. Aprendía con facilidad y poseía una memoria notable (...) Era tan polifacético, que cuando alguien llevaba a estimarlo como hombre resultaba casi irrelevante que pensara que su teoría económica era falsa y a la vez peligrosa (...) Podría haber sido recordado como un gran hombre por todos aquellos que lo conocieron, aún cuando jamás hubiese escrito sobre economía política”²⁰.

Hayek recuerda que le consiguió lugar en King’s para vivir en 1940 y que se reunían a conversar los fines de semana. En esos momentos pudo apreciar sus intereses y sensibilidad estética, histórica, literaria, bibliográfica y su patriotismo. Se sorprende de cómo, en él, lo estético mandaba sobre lo intelectual.

19 Robbins, L.C. (1971), pp. 151 y 193.

20 Hayek, F.A. von (1981), pp. 249, 252-3.

50 La lista de alabanzas llenaría páginas. Skidelsky recoge muchas. Hasta el caso de James Meade, luego premio Nobel, que a pesar de sus conflictos con él, le llamaba “My God”²¹. Estos testimonios nos hablan de muchas cosas. Una primera, puesto que son posteriores a su muerte, de la maduración de Keynes. Otra, de que la intuición era una de sus grandes dotes. También, de un importante componente estético: sus intereses, su voz y su retórica, su estilo escrito. Finalmente, su magnetismo. Detengámonos entonces brevemente en su carácter, cualidades, intereses y aficiones. Skidelsky habla de los dos costados de la mente de Keynes: “*imagining*” y “*counting*”²². Me parece que lo retrata muy bien.

Dentro de su talento, decía, tiene especial importancia su capacidad intuitiva. De esa manera “a pesar de las pistas falsas”, señala su amigo Oswald Falk, “capturaba el sentido de los acontecimientos más rápido que los demás”²³. Esta cualidad consolidaba su evidente inteligencia. Él mismo la propondrá como clave en su Teoría del Conocimiento, en su Ética y en la Economía. Le será muy útil en orden a su planteamiento de fondo: la búsqueda constante e insegura de la verdad esencial de fenómenos que son complejos por lo inciertos, por lo imprevisibles, por lo enmarañados o porque aún no han llegado -son futuros- y son demasiadas las variables, entre otras la libertad humana, que determinarán su curso. Pero Keynes pensaba, y éste es quizás su mensaje principal, que podemos manejarnos con razonabilidad en esta tormenta de contingencia que es la vida humana. Por eso asigna un papel particular a la probabilidad, a la intuición, teórica y práctica, y a la convención. A medida que transcurre su vida y se enfrenta con realidades diversas, el énfasis se pone más en una u otra. Pero la constante es la creencia de que podemos, si no descubrir, al menos tratar de descubrir la melodía que está oculta detrás de las variaciones, fugas y orquestaciones.

De natural, fue optimista, alegre, aún frente a los acontecimientos que lo afectaron a él personalmente²⁴. Fue generoso con los amigos,

21 Skidelsky, R. (2000), pp. 469, 472 y ss.

22 Skidelsky, R. (1994), p. xxxiii.

23 Citado por Skidelsky, R. (1998), p. 17.

24 Su médico, J. Plesch, relata de Einstein (y Keynes): “Disfrutaba un chiste y podía captar el lado gracioso de las situaciones que la mayoría veía como contun-

los parientes y los artistas. Fue un gran pragmático, para nada dogmático; dispuesto a cambiar de opinión siempre que lo veía realista, necesario o conveniente. Se manifiesta, por ejemplo, en la siguiente descripción de P. D. Proctor, asesor del Tesoro:

“Era un abogado sumamente inescrupuloso, manejaba las estadísticas como si hubieran sido goma, y usaba su lengua afilada pero no acre, para bromear con sus antagonistas; era absolutamente contradictorio, y defendía tesis contrapuestas con la misma virulencia en dos correspondencias simultáneas; hacía pedazos a un colega porque aplicaba una política que él mismo le había impuesto un mes o dos atrás. ¿Qué importaba? Todo era parte del maravilloso proceso de invertir las cosas, y sobre todo de pensar con la propia cabeza donde antes uno había aceptado las cosas por fe, y todo esto con un maravilloso despliegue de ingenio y acrobacia mental incorporados al conjunto”²⁵.

Fue un gran trabajador. Siempre hizo más de lo que podía. Aún en sus excursiones veraniegas, en medio de su familia o de sus amigos o amantes, trabajaba muchas horas al día, especialmente en sus escritos. Se daba en él esa curiosa capacidad del sajón de ser al mismo tiempo desenfadado en algunos aspectos o momentos y disciplinado en otros. Se manejaba con soltura en la multiplicidad, cambiando de un tema a otro con gran facilidad.

Prefiero que sea Skidelsky quien señale una característica más bien desagradable: “Padeció la maldición de Oxbridge [Oxford-Cambridge] y creyó que toda la inteligencia del mundo estaba localizada en ese lugar y en sus productos. Con ello venía una visión del mundo profundamente anglocéntrica”²⁶. En efecto, tenía un desprecio muy grande a los norteamericanos, por ejemplo. Lo manifestó en numerosas ocasiones. Un modo muy suyo de expresarlo es la siguiente afirmación, que también recoge Skidelsky: “Los negros son

dentamente trágicas; y no me refiero a situaciones trágicas para otros, sino para sí mismo. Lo he visto reír aún cuando un contratempo o desgracia lo había conmocionado. A propósito, he notado el mismo fenómeno con otros grandes espíritus - por ejemplo, Lord Keynes-“. Plesch, J. (1947), p. 206.

²⁵ Citado por Hession, Ch. (1985), p. 352.

²⁶ Skidelsky, R. (1998), p. 24.

52 la única cosa original y agradable en América; son encantadores”²⁷. Tampoco quería a los judíos (son tan poco asimilables para la civilización occidental, señala, como lo son los gatos para los perros)²⁸, ni a los marxistas²⁹. Tiene actitudes arrogantes y pedantes, y un sentido de su superioridad bien consolidado³⁰. Vale la pena recoger un largo pasaje de Rafael Rubio de Urquía en el que describe, con “franqueza hispánica”, estos aspectos de su carácter y algunas de las incongruencias de su pensamiento y actuación que mencionamos:

“Keynes nos da, en varios de sus escritos, especialmente en los de carácter biográfico, autobiográfico y testimonial, una imagen de sí mismo que poco tiene que envidiar, por lo que respecta a rasgos negativos, a las representaciones más caricaturescas (las esbozadas por Lytton Strachey, por ejemplo) del inglés imperial soberbio y poseído de sí mismo. Keynes se muestra cargado de ‘prejuicios insulares’, de tópicos de gaceta, de xenofobia (en ocasiones ocultas tras el juicio estético), de menosprecio consciente por culturas y formas de vida que conocía mal y no entendía, de permanente preocupación por la apariencia ajena, la clase y el rango (incurriendo a veces en esnobismo) y no exento en ocasiones de rudeza y prepotencia conscientes. La actitud crítica de Keynes hacia el ‘viejo orden’ fue, pues, no solamente selectiva, sino prácticamente ambigua. Pero esta actitud es, además, decíamos, contradictoria en el sentido de que Keynes valoraba muy positivamente cosas que eran el producto histórico de la concurrencia de elementos (valores, rasgos de organización social, actitudes) que, simultáneamente, combatía y cuya vigencia práctica deseaba contribuir a eliminar. No se trata solamente de inconsecuencia, de no saber relacionar dentro de un esquema causal unas cosas y otras. Se trata de una actitud valorativa subjetiva inconsistente. Las características de estabilidad y buen funcionamiento de las instituciones, orden social, seguridad jurídica, libertad intelectual y otros

27 Skidelsky (1986), p. 331 y p. 332. También Hession, Ch. (1985), pp. 203, 230, 260, 367 y 372.

28 Skidelsky, R. (1986), p. 107 y p. 348. También Skidelsky, R. (1994), pp. 238-239. Y Hession, Ch. (1985), pp. 240, 241, 256 y 261.

29 Hession, Ch. (1985), pp. 277, 290-292, Skidelsky, R. (1994), pp. 226, 236, 514-523 y (2000), p. 169. John Strachey (primo de Lytton), que era muy próximo a Keynes, lo critica por su oposición al marxismo. Strachey, J. (1935), pp. 206 y ss.

30 Skidelsky, R. (1994), pp. 422-423 y 426.

rasgos sociales que Keynes valoraba muy positivamente y aun daba por supuesto, no son el producto natural de cualquier tipo de proceso histórico. Son el producto natural de procesos históricos en los que concurre, entre otros, el siguiente elemento: sistemas de normas objetivas orgánicamente coherentes y capaces de reglar prácticamente la conducta de los individuos en el tráfico social de modo compatible con la vigencia de un sistema de valores objetivo que, transmitido socialmente, goce de la aceptación de los individuos. Sistemas de normas y valores de ese tipo (nos estamos refiriendo ahora a propiedades abstractas de éstos y no a contenidos específicos) no son compatibles con la concepción de 'lo bueno', la moral y los valores sustentada por Keynes"³¹.

Pero uno podría agregar, ¿en qué época? No hay que olvidar que Keynes evolucionó en este sentido desde su ética subjetivista intuicionista a un cierto énfasis en un convencionalismo pragmático. Sin embargo, hay que reconocerlo, él mismo siempre sostuvo que seguía siendo intuicionista. En fin, son incongruencias propias de estos cambios de paradigma.

Keynes tenía un fuerte sentido crítico y en ocasiones lo manifestaba despiadadamente. Otras era cínico. Las anécdotas al respecto también son numerosas. En cualquier caso, aplicaba a su conversación su sentido estético, también para atacar. En cuanto a la crítica a sus posturas, su reacción dependía de la inteligencia del crítico y de la crítica. Cuando los juzgaba pertinentes, los aceptaba³². En cambio, cuando los consideraba torpes, se mostraba agresivo, arrogante o cínico³³.

Skidelsky se detiene también en su frivolidad. Dijo de la política a Swithinbank: "Me estoy interesando cada vez más por la política; es un juego divertido que puede sustituir perfectamente al bridge"³⁴. Le escribió a Strachey sobre la Economía (15-XI-1905): "Encuentro la Economía cada vez más satisfactoria y creo valer para ella. Me gustaría dirigir un ferrocarril, organizar un banco o, al menos, estafar al público que invierte. ¡Es sencillo y fascinante dominar los principios

31 Rubio de Urquía, R. (1988), pp. 27-28.

32 Hession, Ch. (1985), pp. 281, 286, 302, 348.

33 Hession, Ch. (1985), pp. 83, 203, 272.

34 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 132.

de estas cosas!”³⁵. Acerca del oficio del profesor también le escribe a Strachey: “Querido Lytton: me alegró mucho recibir tu carta. Hoy cené por segunda vez en la Mesa Presidencial. La comida es excelente y ciertamente uno se siente un profesor. Interpreté mi papel admirablemente; sin embargo, y tal vez porque esto sea típico de mí, el caso es que me hubiera gustado violar a un estudiante en la Sala de Juntas sólo para que vieran las cosas en una perspectiva algo más auténtica”³⁶ (21-III-1909). También le escribe a Lytton (5-VII-1907): “Me parece que lo único que me preocupa de las personas es que tengan una apariencia razonablemente atractiva y una conducta razonablemente amistosa conmigo”³⁷. Son relatos de su juventud. Obviamente, con el paso de los años fue madurando. Pero siempre conservará ese fondo frívolo y algo burlón. Hession recoge el relato de una visita al Presidente Roosevelt en 1934. Aparte de los desprecios usuales relacionados con el hecho de ser norteamericano, estuvo buena parte de la entrevista observándole y pensando acerca de sus manos (“decepcionantes”), una vieja costumbre de sus años mozos³⁸. Las anécdotas al respecto podrían multiplicarse enormemente.

La retórica al hablar le resultaba casi necesaria. También al escribir, lo hacía con elegancia, estilo y brillantez. Usaba el ejemplo, la metáfora, la ironía; contaba cuentos, acuñaba términos. Lo hacía todo deliberadamente tanto por sentido estético como para darse a entender mejor. Es decir, no usaba la metáfora por la metáfora misma, por puro esteticismo, sino como camino para el conocimiento³⁹. Su manejo del inglés es exquisito.

“Keynes poseía maestría en el uso del inglés. Esta fue la clave para su persuasión. Su lenguaje, lógico y robusto, podría súbitamente tomar vuelo mientras su mente se alzaba más allá de los requerimientos estrictos de su argumento. Está pendiente un estudio del uso de la retórica por parte de Keynes”⁴⁰. Tenía “una conversación muy ele-

35 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 171.

36 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 206.

37 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 184.

38 Hession, Ch. (1985), p. 287.

39 Como señala John Coates (1996), p. 147: “Entre las alternativas de la *jouissance* metafórica y la anotación canónica austera hay un camino intermedio, y su viabilidad ha sido argumentada y desplegada por Keynes”.

40 Skidelsky, R. (2000), p. xx.

gante, hermosamente construida, cada oración una pieza de buena prosa inglesa y cada párrafo cadenciado: un desarrollo maravilloso”⁴¹.

En este sentido, ya en el *Treatise on Probability* -en la nota final del capítulo segundo- alaba el estilo de Moore (tiene fuerza y belleza) y critica el de Russell (exageradamente preciso y pedante). He reunido una jugosa selección de giros y metáforas a medida que leía sus escritos. No puedo contarlas todas. Mencionaré algunas de sus obras principales. A veces fueron mal interpretadas: hay que releerlas en el contexto.

Del género de las metáforas y ejemplos son famosas la construcción de pirámides, de mansiones poderosas, catedrales, monasterios, misiones extranjeras, y de pozos en el suelo (TG, p. 129, 131 y 212)⁴², becerros de oro altos como rascacielos, nuevos Midas (EP, p. 52), jirafas con cuellos más o menos largos (EP, p. 286), graznidos de cuervos y cantos de ranas (EP, p. 9), el juego de las sillas y los concursos de belleza por el periódico (TG, p. 154), la burbuja (TG, p. 157), viajes peligrosos y dinosaurios (EP, p. 318), caballos que necesitan beber (EP, p. 357). Compara el ahorro con la medicina y el consumo con la mermelada y dice que han de ser proporcionales (TG, p. 118). Aparece el agricultor que mira el barómetro para ridiculizar comportamientos bursátiles (TG, p. 149). Propone una inversión permanente e indisoluble como el matrimonio (TG, p. 158). El dinero es un tónico, pero el vino se puede caer entre la copa y la boca (TG, p. 170). La desocupación prospera porque la gente quiere agarrar la luna con las manos; el dinero se parece al queso verde y hay que poner una fábrica de ese queso (un banco central) (TG, p. 226). El pato salvaje se sumergió tan hondo que no podrá salir (TG, p. 179). Muchas comparaciones provienen de la medicina. Hay remedios que curan la enfermedad matando al paciente (TG, p. 319). “Agitar el fantasma de la inflación como reparo a la inversión en el momento actual es como advertir de la excesiva corpulencia a un paciente que se está quedando en los huesos” (EP, p. 126). “El paciente no necesita reposo sino ejercicio” (EP, p. 146). El oro es el

41 Skidelsky, R. (2000), p. 460.

42 Uso la abreviatura TG para referirme a la *Teoría General* y EP para los *Ensayos en Persuasión*.

56 único ‘profiláctico’ contra las monedas convertibles (EP, p. 170). Nos presenta epidemias y gripes (EP, p. 216). Otros ejemplos son mecánicos. “El hecho de que tengamos problemas con la batería no nos debe hacer suponer que el automóvil no sirve y que es preciso volver al tranvía a caballos” (EP, p. 137). Van desfilando excursiones al Polo Sur, minas de cobre, líneas transatlánticas, edificios en la *City* de Londres, casinos, etcétera. Pasando a las ironías, los trabajadores son, por instinto, economistas más razonables que los de la escuela clásica (TG, p. 27). Los especuladores son lobos y el público, corderos (TG, p. 154). También usa con frecuencia expresiones latinas que nos hablan de su cultura general.

VI. Actividades

Con todas estas cualidades, ¿a qué se dedicó Keynes? Fue filósofo, funcionario público, político, profesor, economista profesional y académico, especulador bursátil, columnista periodístico⁴³, empresario, granjero, promotor de artistas y coleccionista de obras de arte y de libros y manuscritos antiguos⁴⁴. Ayudó siempre a sus amigos de Bloomsbury y a otros muchos más. Digamos unas palabras de algunas de estas ocupaciones, siguiendo su citado orden de prioridades: amor, filosofía, arte y política.

No vuelvo sobre el amor: es suficiente con lo dicho. Su filosofía empapa todo su pensamiento: Keynes fue un filósofo⁴⁵. También fue economista, y aún más cosas. Pero para quienes, como él, tenemos al menos estas dos profesiones, no nos queda duda de lo que él mismo

43 De las no comentadas aquí ésta sea quizás su ocupación más importante. Keynes creía en el poder de la opinión pública y puso mucho esfuerzo en escribir a los diarios para tratar de formarla.

44 Compró cuadros de Delacroix, Picasso, Matisse, Signac, Derain e incluso un Renoir: Skidelsky, R. (1994), p. 29. También compró manuscritos de Newton: Parsons, W. (1997), p. 46.

45 Quizás alguien pueda pensar que la consideración de Keynes como filósofo sea una deformación profesional del autor de este trabajo. Lo comprendo, pues la figura de Keynes no pasó a la historia precisamente por la Filosofía. Sin embargo, recientemente se está rescatando este aspecto de Keynes, no sólo desde la Filosofía de la economía, sino desde la misma Filosofía pura. Prueba de ello es, por ejemplo, la inclusión de la voz “Keynes, John Maynard (1883-1946)”, en la *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, como pone de manifiesto Schabas, M. (1998).

dijo: lo primero es la Filosofía. Leyendo sus obras se percibe que, como dice Rod O'Donnell, “está claro que su amor predominante fue la filosofía, más que la economía”⁴⁶. La filosofía confiere unidad, un norte, a todo pensador. Por eso pienso, como O'Donnell, que “la clave para una comprensión más profunda y comprehensiva del pensamiento de Keynes es su *filosofía*”⁴⁷. Más ampliamente, señala el mismo O'Donnell.

Aún para comprender su Economía, la Filosofía aporta la razón de fondo de muchas de sus propuestas. Quizás sea debido en parte a la omisión de atención a su Filosofía que la Economía de Keynes haya provocado tantos malentendidos y confusiones⁴⁸. Esto no significa que no hayan influido en la Economía de Keynes otros factores, como las enseñanzas de su maestro, Alfred Marshall, su experiencia laboral, su posición social, etc. Pero, como también dice Allin Cottrell, la economía de Keynes tiene una carga filosófica particular. Debido a sus antecedentes filosóficos, agrega, la discusión sobre la economía de Keynes tiene una tendencia natural a derivar en aspectos “fundacionales”⁴⁹. También Robert Skidelsky, su biógrafo principal, afirma: “La economía de Keynes -al revés que la economía keynesiana- tenía un impulso filosófico. Estaba informada por su visión de la ‘buena vida’ [antropología y ética], y permeada por su teoría de la probabilidad [teoría del conocimiento y epistemología]. (...) La filosofía vino antes que la economía”⁵⁰.

El estudio de la Filosofía de Keynes ilumina su pensamiento económico. Pero, además, la Filosofía de Keynes es interesante en sí misma, especialmente en materia gnoseológica y epistemológica. Keynes fue un filósofo, y no lo fue malo, aunque no haya pasado a la

46 O'Donnell, R.M. (1989), p. 11.

47 O'Donnell, R.M. (1991), p. 3.

48 Obsérvese que evitaré cuidadosamente usar el adjetivo “keynesiano”, pues “keynesiano” trae consigo una deformación de la doctrina original de Keynes. Se dice que Keynes dijo el último año de su vida: “yo no soy keynesiano”. El origen de la afirmación, que se origina en Colin Clark y pasa por Terence Hutchison (1977), p. 23 y muchos más, tiene un origen dudoso, como ha expuesto Colander, D. (1984). Sin embargo, hay otras afirmaciones, como por ejemplo el recuerdo de Hayek, F.A. von (1981) sobre Keynes, que avalarían al menos este pensamiento.

49 Cottrell, A. (1998), pp. 262-263.

50 Skidelsky, R. (1998), p. 64.

58 historia por ello. Muchos han criticado su *Treatise on Probability* por su indeterminación en algunos puntos, por la teoría misma que propone, y por cierta incorrección en los aspectos formales (por ejemplo, el mismo Braithwaite, Bertrand Russell y Frank Ramsey, entre los contemporáneos suyos). La primera imperfección me parece una virtud. Keynes, cuando no está seguro, lo dice. Un libro no tiene por qué ser perfecto. El autor es honesto cuando expresa sus dudas y eso no resta mérito al libro. En cuanto a las otras dos, no soy especialista en probabilidad, por lo que no puedo decir nada. De todos modos, según mi opinión, la aportación del libro no debe buscarse en esos tecnicismos sino en la Teoría del conocimiento envuelta en él. En cualquier caso, también tuvo sus partidarios. C.D. Broad sostiene en su larga reseña al *Treatise* aparecida en *Mind* que “es el mejor tratado sobre los fundamentos lógicos de este asunto [la probabilidad]”. Además reconoce el mérito de haberlo escrito en medio de mil ocupaciones: “Sólo puedo concluir felicitando al señor Keynes por encontrar tiempo, en medio de tantas obligaciones públicas, para completar este libro, y al público filosófico por haber conseguido la mejor obra sobre la Probabilidad que es probable que puedan ver en esta generación”⁵¹. En teoría del conocimiento era anti-positivista y realista epistemológico. En metafísica, también realista. En ética, claramente anti-utilitarista, mooreano. Algunos lo mencionan, con tino, en la línea de pensamiento del *common sense* británico. Nunca abandonó sus reuniones y conversaciones filosóficas: frecuentó a Russell, Wittgenstein, Sraffa, Ramsey, Braithwaite... Aunque luego se dedicó más a la Economía, la Filosofía siempre estuvo presente. Estuvo directamente involucrado, por ejemplo, en el retorno de Wittgenstein a Cambridge en 1929.

Su interés por el arte va más allá de actividades concretas. Keynes era un hombre en el que pesaba enormemente el criterio estético. Hay quienes lo ven como un esteticista y lo relacionan con su afectividad. Sea como fuera, ya desde Eton demuestra sus intereses por la belleza. Esto se continúa en Cambridge, especialmente gracias a las ideas de Moore y es el tema preferido de los Apóstoles y de Bloomsbury. En 1905 lee a los Apóstoles un ensayo de su autoría denominado “A Theory of Beauty”. En “Science and Art”, (expuesto a los Apóstoles

51 Broad, C.D. (1922), pp. 72 y 85.

el 20 de febrero de 1909), habla de las personalidades del científico y el artista y señala: “Este es, por tanto, el primer paso para la paz: el científico debe aceptar la superioridad del artista”⁵². Su amor al ballet lo pondrá en contacto con quien será su mujer, Lydia Lopokova. Una vez casados, sigue de cerca, con detalle, su carrera artística. Paralelamente colecciona cuadros, promueve artistas,... Keynes admiraba y adoraba a los artistas. En 1936 se inaugura el *Arts Theatre* de Cambridge, de cuyo proyecto, financiación, construcción y funcionamiento, se ocupó personalmente. En 1941 toma la dirección del *Committee for the Encouragement of Music and the Arts*. Desarrolla ideas acerca de cómo hacerlo y las va poniendo en práctica.

Elizabeth Johnson lo considera también como “un político de nacimiento, altamente eficiente, siempre alerta”, especialmente buen consejero. Jamás quiso ser candidato al Parlamento. Siendo consultor fue, al decir de Skidelsky, el hombre más poderoso que jamás hubo en Whitehall⁵³. Pero un político no electoral sino intelectual: un “economista político científico”⁵⁴. En efecto, a través de las biografías, uno puede verlo moviéndose en esos ambientes con gran astucia. Lo de economista político, terminología muy clásica, se ajusta muy bien a Keynes, pues no era un economista abstracto ni un político irracional. Tenía una opinión algo curiosa de los economistas. Por una parte, desestimaba la capacidad intelectual necesaria para ser un buen economista. Como señala Skidelsky, “consideraba a la teoría económica como una rama inferior del conocimiento”⁵⁵. Pero por otra parte, era muy riguroso en cuanto a la combinación de cualidades que exigía del economista. Es decir, ser economista no es algo para personas especialmente inteligentes, pero sí especialmente dotadas. Quería que fueran nada más que buenos dentistas, pero buenos: “¡Sería estupendo que los economistas lograran que se les considerara como personas modestas y competentes como los odontólogos!”⁵⁶. Para Keynes, sin embargo, el economista es un gobernante más sensato que el político, muy necesario en esta época.

52 Citado por Skidelsky, R. (1986), p. 165.

53 Skidelsky, R. (1998), p. 59.

54 Johnson, E. (1974), pp. 105 y 109.

55 Skidelsky, R. (1986), p. 227.

56 Keynes, J.M. [1931 (1988)], p. 333.

60 Finalmente, no habrá que argumentar que él mismo fue un gran economista. A pesar de que no se preocupó mayormente de su formación de economista -sólo asistió al curso de Marshall en 1905- debemos pensar que se nutrió de ideas económicas desde pequeño. Entre los visitantes frecuentes de su padre estaban el mismo Marshall, H.S. Foxwell, P.H. Wicksteed, R. Giffen e I. Palgrave. Pero luego continuó su educación económica con lecturas, la preparación de las clases y su enorme actividad en el campo teórico y, especialmente, en el práctico. Muchas de sus ideas forman parte ya del acervo de la Ciencia Económica, independientemente de la posición que se tenga. Recientemente la *European Journal of the History of Economic Thought*⁵⁷ publicó un simposio sobre las mayores aportaciones a la economía del siglo XX según varios premios Nobel. La *Teoría General*, como nadie dudaría, fue la ganadora. Fue consultor económico del gobierno, aplicó ideas de economía a sus finanzas personales, a las instituciones a las que ayudó (Eton, King's, artísticas) y participó de la vida académica de los economistas en todas sus formas: tuvo maestros, una comunidad académica y discípulos. Se dedicó a la docencia, escribió libros y artículos académicos, fue editor del *Economic Journal* durante más de 30 años, participó en seminarios y congresos⁵⁸.

En conclusión, estamos frente a un hombre multifacético. Él demandará al buen economista, como dije antes, que sea lo que él fue. Es decir, Keynes se piensa -no sé si conscientemente o no- como modelo de economista. Basta con leer la siguiente lista de requerimientos contenidos en su ensayo sobre Marshall:

“El estudio de la economía parece no requerir ningunas dotes especializadas de un orden desacostumbradamente superior. ¿No es, intelectualmente considerada, una materia verdaderamente fácil comparada con las ramas superiores de la filosofía y la ciencia pura? Sin embargo, los economistas, no ya buenos, sino sólo competentes, son auténticos mirlos blancos. ¡Una materia tan fácil, en la que tan pocos destacan! Esta paradoja quizás pueda explicarse por el hecho de que el gran economista debe poseer una rara combinación de dotes. Tiene que llegar a mucho en diversas direcciones, y debe com-

57 (2001), pp. 285-310.

58 Dostaler, G. (1999).

binar facultades naturales que no siempre se encuentran reunidas en el mismo individuo. Debe ser en cierto grado matemático, historiador, estadista y filósofo. Debe comprender los símbolos y hablar con palabras corrientes. Debe contemplar lo particular en términos de lo general y tocar lo abstracto y concreto en el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con vistas al futuro. Ninguna parte de la naturaleza del hombre o de sus instituciones debe quedar por completo fuera de su consideración. Debe ser simultáneamente intencionado y desinteresado; tan fuera de la realidad y tan incorruptible como un artista, y sin embargo, en algunas ocasiones, tan cerca de la tierra como el político. Marshall poseyó muchas de las múltiples facetas de este ideal, pero no todas. Principalmente su educación heterogénea, así como su naturaleza múltiple, lograron reunir en él las prendas o dones más especiales y fundamentales de cuantos son necesarios al economista: fue eminente historiador y matemático, un hombre que trató al mismo tiempo de lo particular y lo general, de lo temporal y lo eterno”⁵⁹.

Esta descripción retrata -según él parcialmente- a Marshall. ¿No es él quien, a la luz de lo expuesto, queda verdaderamente retratado? El mismo Marshall, su maestro, que lo quería y apreciaba enormemente, se lo había dicho varias veces. Por ejemplo:

“siempre he deseado que algún economista fuera reconocido como una autoridad en los fundamentos económicos de la política en sentido más amplio. Esto requiere una combinación de agilidad con profundidad, que es escasa: no conozco a nadie que la posea en mayor grado que tú”⁶⁰.

59 Keynes, J.M. (1924), pp. 321-322.

60 En Whitaker, J. (ed.) (1996), p. 382. La relación entre Marshall y Keynes es un ejemplo emocionante de lo que es una relación entre un maestro y su discípulo. Desde el comienzo de sus estudios, la incorporación a la cátedra, la corrección de sus trabajos y el eco por sus actuaciones públicas. Esta relación resulta especialmente tierna en los últimos años de Marshall y desemboca finalmente en el largo obituario que Keynes escribió de él, con la ayuda de algunos datos que le facilitó su mujer, Mary Paley Marshall. Aunque no tenga mucha relación con este trabajo, no me resisto a transcribir el párrafo final de una carta de Marshall a Keynes escrita dos años antes de su muerte (27-VII-1922). La ocasión fue el agradecimiento por el homenaje que le hizo la *Royal Economic Society* con motivo de su 80 cumpleaños (Keynes era su secretario). Tanto el homenaje como el

62 VII. A modo de conclusión

Quizás al lector le quede un sabor agridulce después de la lectura de estas páginas. Keynes, como todo hombre de carne y huesos tuvo virtudes y defectos; o, más bien, grandes virtudes y grandes defectos, pues fue un gran hombre. Nadie puede tirar la primera piedra. Reconozcamos sus virtudes y seamos misericordiosos con sus defectos. El conocimiento de su condición humana, “demasiado humana” -parafraseando a Nietzsche- puede incluso animarnos a trabajar y tratar de incidir en las ideas con el impacto tan fuerte y duradero que logró Keynes. Por otra parte, y éste era el fin del trabajo, nos puede ayudar a leer sus obras desde el conocimiento de unas circunstancias que quizás nos llevarán a exclamar a veces: “con razón, ahora entiendo”. Si he conseguido esto, estoy satisfecho con este artículo, por cierto, atípico.

Bibliografía

Braithwaite, Richard B. (1946), “John Maynard Keynes, First Baron Keynes of Tilton”, *Mind*, 55/219, pp. 283-284.

Broad, Charlie D. (1922), “A Treatise on Probability. By J.M. Keynes”, *Mind*, NS, 31/121, pp. 72-85.

Colander, David (1984), “Was Keynes a Keynesian or a Lernerian?”, *Journal of Economic Literature*, nº 22, vol. 4, pp. 1572-1575.

agradecimiento se publicaron luego en el *Economic Journal*. Dice así: “Si he ayudado a algunos estudiantes jóvenes a ponerse en el camino de lidiar con los problemas económicos futuros, esto es, de lejos, más importante que cualquier cosa que yo haya podido hacer: y, apoyándome en la esperanza de que haya hecho al menos un poco en este sentido, puedo irme en paz. Yours happily, Alfred Marshall”. Whitaker, J.K. (1996), p. 384. Cuando Keynes supo que se acercaban sus últimos días fue a verlo, el 16 de mayo de 1924, y recogió una breve y emotiva crónica de la visita en una carta a la quien sería luego su mujer, Lydia Lopokova. Skidelsky, R. (1994), p. 181. Marshall murió el 13 de julio del mismo año y el recuerdo citado más arriba salió dos meses después en el *Economic Journal* (34/135). Sin embargo, en esta materia también aparece la ambigüedad de Keynes. En una carta de 1906 lo trata de “un tanto bobo”. Harrod (quien la recoge) añade que ante el tono de reverencia con que él mismo solía hablar de Marshall a Keynes, éste último solía corregirlo diciéndole: “era una persona completamente absurda”. Según Harrod, Keynes se refería a “su tono moral intensamente victoriano” (cfr. Harrod, R. (1958), pp. 146-147).

Cottrell, Allin (1998), "Keynes, John Maynard", en John B. Davis, D. Wade Hands, Uskali Mäki (eds.), *The Handbook of Economic Methodology*, Elgar, Cheltenham-Northampton, pp. 262-264.

De Imaz, José Luis (1990), *Las raíces del pensar*, Emecé, Buenos Aires.

Dostaler, Gilles (1999), "Keynes and Economics: The Early Stage", *Working Paper 9901*, Université du Québec à Montréal, Montreal.

Harrod, Roy (1958), *La vida de John Maynard Keynes*, FCE, México.

Hayek, Friedrich A. von (1981), "Recuerdos personales de Keynes y la 'Revolución keynesiana'", en *Nuevos estudios en filosofía, política, economía e historia de las ideas*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 249-254.

Hervier, Julien (1990), *Conversaciones con Ernst Jünger*, FCE, Buenos Aires.

Hession, Charles (1985), *Keynes*, Javier Vergara, Buenos Aires.

Hession, Charles (1993), "Keynes, Strachey, and the Gay Courage To Be", *Challenge*, julio-agosto, pp. 53-59.

Howson, Susan y Moggridge, Donald (1991), *The Wartime Diaries of Lionel Robbins and James Meade, 1943-1945*, MacMillan, Londres.

Hutchison, Terence W. (1977), *Keynes versus the 'Keynesians'...?*, The Institute of Economic Affairs, Londres.

Johnson, Elizabeth (1974), "John Maynard Keynes: Scientist or Politician?", *Journal of Political Economy*, nº 82, vol. 1, pp. 99-111.

Jünger, Ernst (1946), "La Paix. Quelques Mots à la Jeneuse d'Europe", *Synthèses*, nº 1, vol. 2, pp. 82-104.

Keynes, John Maynard, [1931 (1988)], *Ensayos de Persuasión*, Crítica, Barcelona.

Keynes, John Maynard, [1936 (1963)], *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE, México-Buenos Aires.

Keynes, John Maynard (1924), "Alfred Marshall, 1842-1924", *The Economic Journal*, 34/135, pp. 311-372.

Keynes, John Maynard (1972), *Essays on Biography, The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. X, MacMillan, Londres.

- MacIntyre, Alasdair (2001), *Tras la Virtud*, Crítica, Barcelona.
- Magee, Bryan (1971), *Modern British Philosophy*, Secker & Warburg, Londres.
- Moggridge, Donald (1992), *Maynard Keynes: An Economist's Biography*, Routledge, Londres.
- O'Donnell, Rod M. (1989), *Keynes: Philosophy, Economics and Politics*, St. Martin's Press, Nueva York.
- O'Donnell, Rod M. (1991) (ed.), *Keynes as Philosopher-Economist*, St. Martin's Press, Nueva York.
- Parsons, Wade (1997), *Keynes and the Quest for a Moral Science. A Study of Economics and Alchemy*, Elgar, Cheltenham & Lyme.
- Plesch, John (1947), *János, The Story of a Doctor*, Victor Gollancz Ltd., Londres.
- Ricoeur, Paul (1997), *Autobiografía intelectual*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Robbins, Lord Lionel C. (1971), *Autobiography of An Economist*, Mac Millan-St Martin's Press, Londres.
- Rubio de Urquía, Rafael (1988), "La vigencia de Keynes y lo keynesiano", en Rafael Rubio de Urquía y otros, *La herencia de Keynes*, Alianza, Madrid, pp. 17-82.
- Russell, Bertrand, [1967-9 (1995)], *Autobiography*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Schabas, Margaret (1998), "Keynes, John Maynard (1883-1946)", en Craig, E. (ed.), *Routledge Encyclopedia of Philosophy*, vol. 5, pp. 233-235.
- Skidelsky, Robert (1986), *John Maynard Keynes: Esperanzas frustradas. 1883-1920*, Alianza, Madrid.
- Skidelsky, Robert (1994), *John Maynard Keynes: The Economist as Saviour*, Penguin, Londres y Nueva York.
- Skidelsky, Robert (1998), *Keynes*, Alianza, Madrid.
- Skidelsky, Robert (2000), *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom. 1937-1946*, Penguin, Londres y Nueva York.

Strachey, John (1935), *The Coming Struggle for Power*, Modern Library, Nueva York.

Strachey, Lytton, [1918 (1937)], *Victorianos Eminentes*, Ercilla, Santiago de Chile.

Strachey, Lytton, [1921 (2004)], *Reina Victoria. Símbolo de una era*, El Ateneo, Buenos Aires.

Whitaker, John K. (ed.) (1996), *The Correspondence of Alfred Marshall Economist. Volume Three: Towards the Close, 1903-1924*, Cambridge University Press, Cambridge.

